

Crujera en Rama

José Antonio Otero

Una vez al año y como muy poco en ocasión de algún evento específicamente consensuado tal vez resulte provechoso recordar el conjunto de ademanes característicos que despliegan los pueblos ante la simple celebración del hecho de vivir, esa que sólo subsistirá mientras vaya consiguiendo articular un número suficiente de personas entre las que prime la necesidad de defender la pervivencia entre hipnosis y encantos: Y quizá por ahí empiecen a deslizarse las primeras ramas.

Si el jolgorio, el júbilo, el contento llevan la poesía al límite de su saber de resonancia en un espacio inmanente anterior a toda diferenciación alongándola al romper para escapar de uno hacia nosotros va y se hace fiesta: Entonces es que ha llegado la rama al Arca.

Si el principio de la fuerza aglutinante en una forma de sentir el mundo trata en primera línea del acceso de las almas a sus semejantes de camino al entusiasmo que nutre nuevas raíces en las mejores experiencias comunitarias, desquicia las barreras entre todos y el aura individual ya consta rama en mano, miren: resulta que baila, grita, canta: ¡Ahora y siempre!

Y si es por eso que de la alegría sea adecuado decir, como del amor, su hermano, que no existe antes de su advenimiento, aunque desde la fortaleza de la sobriedad individualista se murmure que lo que la precede sólo son soledades que se levantan al encuentro con sus ramas altas: Ahí, aquí, en la fiesta, para la fiesta, amigos, tendríamos que dejarlo estar.

Porque es siempre la acción de las cosas comunes quien abre vistas libres hacia toda comprensión fecunda del ser humano al situarse más acá de las insulsas ilusiones solitarias, cuando apunta por derecho y desde arriba a la raíz de la creatividad que libera el viejo fondo común, por eso, y por la gracia explícita en todo lo que no se sabe, bajan en tropel las ramas hasta la orilla del mar.

En una secuencia de arcanos y primicias que son atravesados en el retomo al seno común que es de todos y es de ninguno porque es de cualquiera y es de nadie salta el contento, y así el jolgorio, y así la bulla y así la gracia y así la risa y así el delirio, y así la levedad del baile.

Alfonso Crujera: Ya sabes lo difícil que siempre ha resultado hacer con, decir de la alegría entre las marchas del gran número de oficiantes de esa cultura suya de ellos. Y es el hecho preciso del que hayas acertado como sueles en la conjunción de unas formas iluminadas que hacen justicia a la esencia de los cristales de esas nieves que volverán a fundir otra vez para que suene un barranco de gente por las calles su alegría de vivir, eso que tú este año has ofrecido en mi entender desde tu sereno oficio lo que ahora, agitando una rama invisible, por vía de escritura, te he querido ofrecer.

Posdata: Entre los lugares señalados por la tradición del pueblo (que nunca muere porque no sabe lo que es) de la isla de Gran Canaria, sí se conoce que al haber sabido levantar desde hace mucho el júbilo popular muy junto a los aires del arte, consta la Villa de Agaete, su valle y puerto, como un espacio privilegiado de encuentro al que por todos los conceptos jamás le será ajena la palabra *magia*.

21 de julio y 2004